Los músicos de Bremen y el concierto imposible

Colorea tu cuento



Este libro es de:

.....

Escucha el cuento

y sigue la historia.

Los músicos de Bremen y el concierto imposible. Una aventura inspirada en el cuento de los hermanos Grimm.

"I-aaaa..."

"Empuja un poquito."

"¿Cómo?"

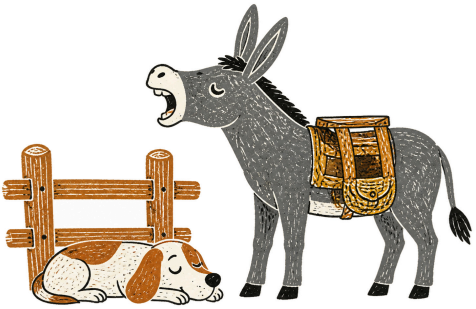
"La puerta. Se te quedó atascada."

Berto cerró la boca. Un perro abrió un ojo debajo de una cerca.

"No es una puerta. Es mi gran final."

"Ah. Avísame cuando termine."

"Ya terminó."



"Entonces llegué justo a tiempo."

Berto era un burro de orejas largas y pasos tranquilos. Llevaba una bolsa, una manta y un banquito de madera sujeto al costado.

Durante años había cargado sacos para el molino. Ahora se cansaba antes, y en el molino ya no necesitaban que hiciera tantos viajes.

Pero todavía le quedaban muchas ganas de cantar.

"Voy a Bremen. Allí hay músicos que tocan en las plazas."



"¿Y aceptan perros?"

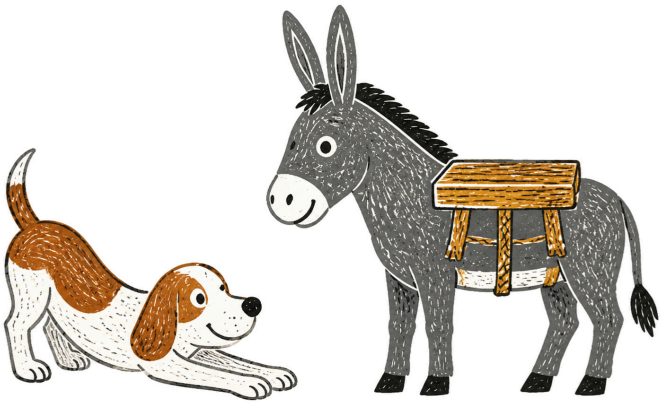
"No he preguntado."

"Yo puedo preguntar. Me llamo Tito."

"Berto."

"Muy bien, Berto. Yo voy contigo hasta donde me aguanten las patas."

El perro se levantó, se estiró por delante y por detrás, y dio una vuelta sobre sí mismo.



"Las patas dicen que sí. Pero quieren parar a descansar de vez en cuando."

"Para eso llevo mi banquito."

"¡Ah! ¿No es parte del instrumento?"

"Todavía no."

Caminaron por el sendero. El banquito se balanceaba junto a Berto. Cada vez que Tito movía la cola, le daba un golpecito.

"Mira. Yo también sé tocar."



"¡Ahora sí!"

"Ahora sí qué."

Sobre el muro había una gata gris. Tenía las patas recogidas debajo del cuerpo y una oreja vuelta hacia ellos.

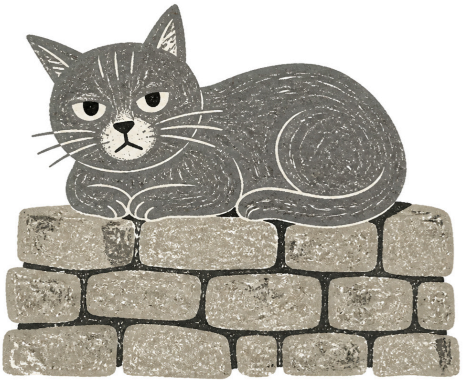
"Ahora somos músicos."

"Pues yo estaba dormida."

"Perdón."

"No he dicho que tocaran mal. He dicho que estaba dormida."

"¿Y cómo te llamas cuando estás despierta?"



"Mora. Cuando duermo también."

Tito movió la cola otra vez. Berto levantó la cabeza.

"I-aa, i-aa."

"Miau."

Berto dejó de cantar. Los tres se quedaron escuchando el final de aquel sonido.

"¡Eso quedó bonito!"

"¿Quieres venir con nosotros?"

"¿Adónde?"

"A Bremen. A tocar en las plazas."



"¿Hay un sitio para dormir entre canción y canción?"

"Llevamos un banquito."

"Entonces voy a probar."

Mora bajó del muro. Primero una pata, después otra. Antes de ponerse en marcha olfateó la bolsa de Berto.

"¿Y esto?"

"Mi manta."

"Me parece una buena manta."

"Puedes usarla cuando paremos."

La gata se quedó junto a ellos.



Al pasar por una granja, Berto quiso repetir su canción. Tito marcó el ritmo. Mora levantó la barbilla.

Pero, antes de que pudiera abrir la boca...

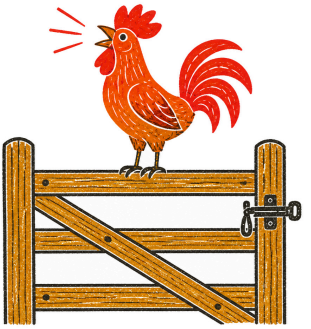
"¡Quiquiriquí!"

"Yo iba ahí."

"¡Y yo estaba aquí!"

Un gallo rojo se balanceaba sobre la puerta de la granja. Llevaba la cola levantada como un ramo de plumas.

"Tienes buena voz."



"Lo sé. La pruebo todas las mañanas."

"Nosotros también la hemos probado. De cerca."

"Soy Lolo. ¿Van a dar un concierto?"

"Eso intentamos."

"En la granja ya canta mi sobrino. Puedo ir a cantar con ustedes."

"Puedes. Pero mi miau va antes."

"Muy bien. Primero tu miau. Después todo lo mío."



Lolo saltó de la puerta y se unió al grupo.

Berto iba adelante. Tito caminaba a su lado. Mora encontraba las partes más calentitas del sendero, y Lolo iba detrás, probando su gran entrada en voz muy bajita.

"Quiqui... No. Todavía no."

Querían llegar a Bremen antes de que anocheciera. Pero también querían saber cómo sonaban juntos.

Berto propuso ensayar mientras caminaban.

"Yo canto. Después Tito da sus dos golpes. Después Mora. Y, al final, Lolo."

"Al final. Lo tengo."

El burro empezó su nota. El perro tocó la madera. Mora esperó el hueco y cantó.

"I-aa, i-aa."

"Miau."

"Qui..."

"¡Quiquiriquí!"

"¡Esta vez sí!"

Berto se emocionó tanto que se detuvo para levantar una pata, como un director de orquesta.



Tito, que iba mirando al gallo, chocó suavemente contra él. Mora chocó con Tito. Y Lolo tuvo que abrir las alas para no acabar encima de todos.

"El director tiene frenos."

"Perdón. Quería indicar el final."

"Con esa indicación casi me siento en él."

Se echaron a reír. Después siguieron caminando, esta vez mirando también hacia adelante.



No llegaron a Bremen aquella tarde. El sol bajó detrás de los árboles y empezó a soplar aire frío. Necesitaban un lugar para pasar la noche.

Berto dejó su bolsa junto a un árbol. Sacó la manta y la puso en el suelo. Tito se acostó con las patas recogidas en un lado. Mora se acomodó en el otro. Berto intentó meter sus cuatro patas debajo. Lolo miró el poquito espacio que quedaba.

"¿Y si me pongo de ladito?"



"Vas a seguir teniendo dos alas."

Lolo probó. No cabían.

"Necesitamos un techo."

"Voy a mirar desde arriba."

El gallo subió a una rama baja, después a otra más alta. Desde allí miró entre las hojas.

"¡Una luz! ¡Hay una casa!"

Recogieron la manta y siguieron el brillo entre los árboles.

La casa tenía una ventana encendida y una chimenea de la que salía un poquito de humo.



Tito levantó la nariz.

"Huele a sopa."

"Ya me cae bien."

Berto iba a llamar a la puerta cuando oyó una voz al otro lado. Se quedó quieto. Los demás también.

"¡Mira cuántas mantas! Las saqué del carro de la panadera."

"¿Y seguro que nadie viene a esta casa?"

"Es su casa vieja. Lleva mucho tiempo vacía."

"Pues cierra la ventana. Aquí entra un frío..."



Berto apartó la pata de la puerta. Los cuatro retrocedieron hasta quedar detrás de un arbusto.

"Son ladrones."

"Y la sopa no es suya."

"¿Volvemos al árbol?"

Berto miró la manta doblada. Seguía siendo demasiado pequeña para cuatro.

"Podemos hacer que salgan. Sin acercarnos a ellos."

"¿Cómo?"

Berto señaló la ventana, que aún estaba abierta.



"Si nos ponemos uno encima de otro, van a ver una sombra enorme. Y si cantamos juntos..."

"¡Van a oírme estupendamente!"

"Juntos, Lolo."

"Van a oírnos estupendamente."

Todavía estaban fuera de la casa. Dejaron la bolsa y el banquito en el suelo, junto al arbusto, y prepararon su torre.



Berto apoyó bien las cuatro patas. Tito subió a la espalda del burro. Mora trepó encima del perro. Lolo voló un poquito y se quedó sobre la gata.

Ahora estaban los cuatro, uno encima de otro. Por un momento no se movió nadie.

"Yo tengo un problema."

"Dime."

"Aquí no puedo tocar con la cola."

Tito movió la cola y le rozó una pata a Mora.



"¡Esa pata es mía!"

Probó otra vez. Esta vez le hizo cosquillas a Berto.

"¡Yo tampoco soy el banquito!"

El banquito se había quedado en el suelo. Tito no lo alcanzaba desde allí arriba.

"Espera. Puedo dar dos golpecitos con una pata. Los vas a sentir tú."

Berto escuchó al perro.

"Buena idea. Empieza tú. Te seguimos."



La torre se balanceó un poquito y volvió a quedarse firme.

"Un momento. Me faltaba colocar una pata."

"Yo tengo las dos puestas."

"Las tuyas, sí. La mía, no."

Se acomodaron. Berto dio tres pasos cortos hasta la ventana.

Desde dentro, los ladrones vieron una figura altísima que llenaba la ventana. Con las patas, las orejas y las alas juntas, los cuatro parecían un solo animal enorme.



"Oye... ¿esa ventana tenía orejas?"

Tito dio la entrada.

"I-aa, i-aa."

"Miauuu..."

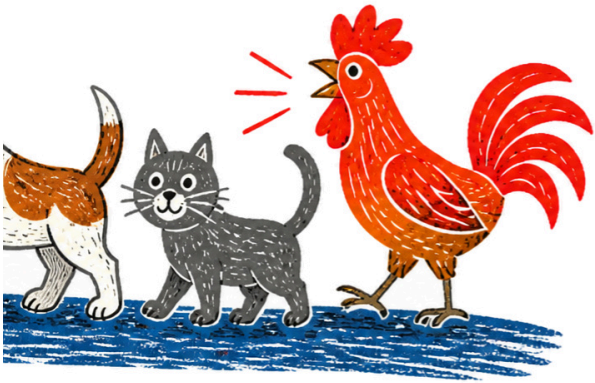
"¡Quiquiriquí!"

"¡Guau!"

"¡Ese burro lleva un gallo en la cabeza!"

"¡Y le está ladrando la barriga!"

"¡El saco! ¡Agarra el saco!"



Uno de los ladrones agarró un saco. El otro agarró al primero. Los dos salieron corriendo por la puerta de atrás.

"¡Este saco tiene cebollas!"

"¡Pues no te pares a pelarlas!"

Fuera de la casa, los cuatro amigos seguían uno encima de otro, junto a la ventana. Se quedaron quietos un momento.

"¿Se fueron?"

"Se fueron."

"¿Ya puedo bajarme?"



"Yo llevo un rato queriendo preguntar eso."

Berto se agachó despacio para que sus amigos pudieran bajar. Primero Lolo saltó al suelo. Después Mora bajó por la espalda de Tito hasta llegar a la hierba. Por último bajó Tito. Ya estaban los cuatro en el suelo.



El perro se sacudió. La gata se arregló un bigote. El gallo se acomodó una pluma que se le había quedado torcida.

Berto los miró. Después miró la ventana.

"Nuestro primer público se fue muy deprisa."

"Ahora podemos entrar."

Los cuatro abrieron la puerta de delante y entraron juntos, llevando la bolsa de Berto y el banquito.



Junto a la mesa encontraron otro saco. Dentro estaban las mantas que los ladrones le habían robado a la panadera. Lo dejaron cerrado para devolvérselo por la mañana.

Sobre una silla había otras mantas, viejas, que eran de la casa. Esas las pusieron cerca del fuego.

Tito se acostó en una. Mora pisó otra varias veces antes de acomodarse para dormir. Lolo se subió a una barra de madera junto a la ventana. Berto puso el banquito cerca de sus amigos.



"Ahora sí cabemos."

"Hasta con las dos alas."

Comieron un poco de sopa de la olla que había junto al fuego. Dejaron la cocina recogida y se durmieron.

Por primera vez en todo el día, no se oyó ni una nota.

A la mañana siguiente llevaron el saco hasta la panadería.

La panadera reconoció sus mantas y escuchó la historia de la ventana, la torre y el gallo que había esperado su turno.



Mora preguntó si podían quedarse a vivir en la casita.

La panadera les dijo que podían quedarse allí todo el tiempo que quisieran. Llevaba tanto tiempo cerrada que le alegraba volver a verla encendida. Les dio una llave y cuatro panecillos.

Aquella tarde, los cuatro prepararon su primer concierto en su nueva casa. La panadera y dos vecinos llegaron para escucharlos. Berto dejó la llave junto a la ventana.



"Berto... ¿todavía vamos a Bremen?"

"¡Sí! Algún día iremos a tocar. Pero hoy, el concierto es aquí."

"Yo estoy listo desde esta mañana."

"Eso ya lo hemos oído."

Tito puso el banquito en el centro para tocarlo con la cola. Berto se colocó a un lado, Mora al otro, y Lolo se quedó detrás. Los cuatro podían verse.

"Tito, danos la entrada."

"I-aa, i-aa."

"Miau."

"¡Quiquiriquí!"

"I-aa, i-aa."

"Miau."

"¡Quiquiriquí!"

La panadera y los vecinos aplaudieron. Hasta Lolo se quedó sin palabras.

"¿Otra?"

"¡Otra!"

"Sí. Pero ahora, bajito."

"I-aa, i-aa."

"Miau."

"Quiquiriquí."

"¡Así sí se puede dormir!"

Los cuatro se echaron a reír.

Berto había salido a buscar un lugar donde cantar. Y había encontrado tres amigos y una casa para compartir.

Ninguno podía hacer aquel concierto solo. Pero, al escucharse y ayudarse, los cuatro lo consiguieron.

Y así termina la historia de los músicos de Bremen.

